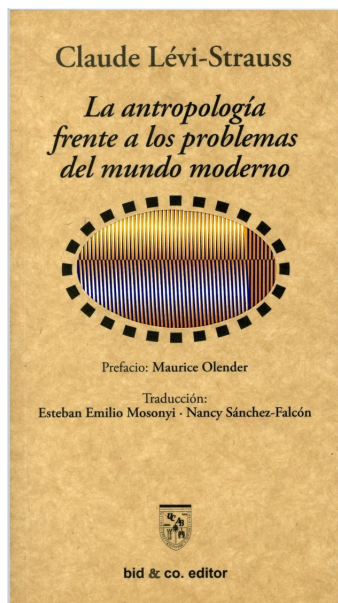


RECENSIÓN



LÉVI-STRAUSS, Claude. La antropología frente a los problemas del mundo. Colección Intramuros, bid & co. editor. Venezuela, 2013. 130 p.

Annel del Mar Mejías Guiza

Maestría en Etnología, Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”
Universidad de Los Andes

Con la traducción de Esteban Emilio Mosonyi y Nancy Sánchez-Falcón, la editorial venezolana bid & co. editor imprimió en abril del año 2013 un libro de Claude Lévi-Strauss, titulado *La antropología frente a los problemas del mundo*. Con un prefacio escrito por Maurice Olender, este texto presenta las disertaciones que hizo Lévi-Strauss en el año 1986 en tres conferencias que pronunció en Tokio, Japón, por invitación de la Fundación Ishizaka: la primera la llamó “El fin de la supremacía cultural de occidente”, la segunda la denominó “Tres grandes problemas contemporáneos: la sexualidad, el desarrollo económico y el pensamiento mítico”, y la tercera la tituló “Reconocimiento de la diversidad cultural: lo que nos enseña la civilización japonesa”.

La primera edición de este libro en francés fue publicada en el año 2011 por la editorial Editions Saul dentro de la colección *La Librairie du XXI siècle*, con el título *L'Antropologie face aux problèmes du monde moderne*, con auspicio del Programa de Ayuda a la Publicación del Institut Français. Este texto salió impreso

casi dos años luego de fallecer Lévi-Strauss y, por lo tanto, la obra en el idioma original estuvo cuidada por su hija Monique Lévi-Strauss y dirigida por Maurice Olender.

En la primera conferencia, Lévi-Strauss pone en duda el poderío de la sociedad occidental, su mito positivista del progreso que se lograría por medio de la ciencia y las técnicas, y que se vendió muy bien durante los siglos XIX y XX para alimentar “una creciente productividad”. Como lo anuncia el nombre de dicha conferencia, habla de la crisis más grave que ha sufrido este sistema que pregona bienestar para todos.

Según Lévi-Strauss, la antropología, que concebía en sus inicios como objeto de estudio las sociedades llamadas “primitivas”, existió desde siempre, ya que las preocupaciones llamadas hoy día antropológicas (conocimiento y re-conocimiento hacia y en el Otro) han sido retratadas desde la antigüedad. Y explica que las reglas de residencia, de parentesco, así como la división del trabajo entre los sexos y las prohibiciones alimentarias, entre otros valores, son puntos que nos diferencian con otras sociedades, pero que a su vez nos unen, porque todos las compartimos. Son estas normas, modelos inconscientes o “propiedades invariantes que se manifiestan detrás de los modos de vida social más diversos”, como él dice, las que estudia el antropólogo.

Explica que las mal llamadas sociedades “primitivas” (sin escritura y con ausencia de artefactos mecánicos) son el “común denominador de la condición humana”, mientras que las altas civilizaciones, sobre todo occidentales, serían “verdaderas excepciones”. Y expone que las normas culturales de estas poblaciones “salvajes” (tabúes sexuales luego del parto, lactancia materna prolongada, infanticidio, régimen alimentario variado, etc.) ayudan más bien a mantener una constante demográfica para garantizar un equilibrio entre el ser humano y el ambiente natural. Así, los sujetos de estas sociedades no son, por ejemplo, esclavos del trabajo, sino que laboran de dos a cuatro horas diarias para sustentar a sus grupos familiares, incluyendo a niños y ancianos:

...¡Qué diferencia con el tiempo que nuestros contemporáneos pasan en la fábrica o en la oficina!

Sería falso creer que esos pueblos son esclavos del imperativo del medio. Todo lo contrario, ellos gozan, frente al medio, de una mayor independencia que los cultivadores y los pastores. Ellos disponen de más tiempo libre, lo que les permite tener un amplio espacio para la imaginación...

Así, la antropología, a la cual llama hoy día “humanismo democrático”, enseña a las sociedades occidentales que existen otras “sociedades más humildes”, como las denomina, que han aprendido a convivir con la naturaleza, que tienen organización social y sistemas de valores que han garantizado y garantizan también bienestar social a sus individuos: “El antropólogo sólo invita a cada sociedad a no creer que sus instituciones, costumbres y creencias sean las únicas posibles” y a comprender que estas “forman parte de un sistema cuyo equilibrio interno se estableció en el curso de los siglos, y que de este conjunto no se puede suprimir un solo elemento sin poner en riesgo de destrucción todo el resto”, explica.

En la segunda conferencia, llamada “Tres grandes problemas contemporáneos: la sexualidad, el desarrollo económico y el pensamiento mítico”, Lévi-Strauss plantea con maestría cómo el conocimiento sobre las sociedades sin escritura pudiesen ayudar a resolver problemas que se plantean actuales, pero que estos pueblos han resuelto con sus normas culturales desde hace años o siglos.

Explica, de forma sucinta, las propuestas generales que hizo en sus estudios de parentesco para luego adentrarse en temas que pudiesen considerarse álgidos para 1986, cuando los expuso, pero que siguen vigentes, como la reproducción artificial, el préstamo o alquiler de vientres, la congelación de embriones, la fecundación in vitro por medio de espermatozoides del marido muerto o la exigencia de una pareja de mujeres homosexuales de tener hijos con un óvulo de una de ellas, entre otros. Y pone sobre la mesa los problemas legales, psicológicos y morales que estas técnicas asistidas podrían generar entre padres biológicos, padres de crianza e hijos.

Sin embargo, dice que, aun desconociendo las técnicas artificiales, ya existen en los samo de Burkina de África la inseminación con donantes: a cada mujer joven se le permite, luego de casarse, vivir durante tres años o más con un amante antes de mudarse a la casa del esposo y el primer hijo de esta unión será el primogénito de la unión legal. Allí mismo un hombre puede tener varias esposas legítimas y, si ellas lo dejan o abandonan, los hijos que tuviesen con otras parejas seguirían siendo hijos del padre legal. Además, si un hombre se casa con una mujer estéril, puede entenderse con una mujer fecunda y así él se convierte en “donante por inseminación, y la mujer alquila su vientre a otro hombre o a una pareja sin hijos”. Con ejemplos de Brasil, Tíbet, Nigeria y Sudán (con el “matrimonio fantasma”), Lévi-Strauss explica que en estas sociedades se da “primacía a lo social” y, por lo tanto, lo que nos parecería “inconcebible y hasta escandalosa” para ellas son “algo sencillo y de uso común”.

Luego, siguiendo el mismo hilo comparativo, aclara que las leyes de la ciencia económica sólo pueden gobernar a sociedades que funcionan bajo un régimen de una economía de mercado: “No existe un solo modelo de actividad económica sino muchos”, en los cuales el trabajo no se enfoca en obtener beneficios, sino prestigio y bien común. Habla de otras ideas que ya ha tocado en su obra, como la relación entre naturaleza y cultura, la importancia de lo mítico (sustituido por la ciencia en occidente) y la diferencia entre las sociedades que él llama “primitivas” o “frías” y las occidentales o “calientes”. A las primeras se les ve como si no tuvieran historia ni progreso, mientras nuestras sociedades mantienen mayores desequilibrios económicos y sociales para producir orden industrial, pero desorden en las relaciones humanas.

En la tercera conferencia, titulada “Reconocimiento de la diversidad cultural: lo que nos enseña la civilización japonesa”, Lévi-Strauss desmonta, como lo hizo en la declaración que escribió junto a un grupo de investigadores para la UNESCO, que la noción de raza ligada al progreso no es biológica. La colaboración entre la antropología y la genética, dice, ha reemplazado la noción de raza por “stock genético”, es decir, “dotaciones relativas que varían de un lugar a otro y cambiaron sin cesar en el tiempo”, debido sobre todo a las reglas de parentesco, a “la magia, la religión y la cosmovisión”.

Al final concluye que la cultura —desde que existe— es la que moldea la selección natural y orienta su curso, es decir, guía la transmisión del patrimonio genético de la evolución biológica del Homo Sapiens y lo que mal entendemos como “raza” es “una función, entre otras, de la cultura”. Por lo tanto, la vida del ser humano no se desarrolla de forma uniforme gracias a sus reglas de parentesco, sino que la naturaleza de agruparse del Homo Sapiens conlleva a la diversidad. Así, desmiente, como lo hizo en el pasado, los intentos evolucionistas de simplificar la historia de la humanidad a través de etapas uniformes que llevan a un solo punto de progreso.

Así, hablamos que Lévi-Strauss ya venía, como un prestidigitador, profetizando en el año 1986 los avances que pudieran generarse desde la genética para alimentar la “ciencia de la cultura”, como llama a la antropología. Así, vemos que las afirmaciones de Lévi-Strauss coinciden con lo que ha sostenido el sueco Svante Pääbo (considerado uno de los fundadores de la paleogenética en el siglo XXI): al escoger a seres humanos menos agresivos para agruparse, el Homo Sapiens seleccionó en sus inicios a los sujetos más amables, mansos y pacíficos para reproducirse en una especie de autodomesticación, que sería totalmente manejada culturalmente, similar a lo que hizo con especies para la agricultura y el pastoreo.

Es decir, la cultura orientaría la evolución biológica del ser humano, como reitera Lévi-Strauss en este libro.

Nuevamente el pensador francés, padre de la antropología estructural, nos devela en este libro su capacidad de crítica, análisis, comparación y pensamiento actual para demostrar que, a pesar de que existe una corriente homogeneizadora, propiciada sobre todo por un sistema industrial que busca el orden para generar mayor productividad y consumo, el ser humano siempre apostará por la diversidad cultural y para eso está la antropología: para enseñarnos, como una tea, las formas diversas como cada cultura se relaciona con el mundo y así no creernos los únicos seres con valores legítimos en este planeta.